LOS TOROS DEL PUERTO

POR

FERNANDO QUIÑONES

Concepción, el mozo de estoques, le ajustó las medias, y observó desde el suelo las flexiones que hacía José con los pies. En la punta de una zapatilla aparecía una manchita de polvo. Concepción se la quitó con el puño de la camisa. Le afirmó, una vez más, la zapatilla a la cuna del pie y atravesó el cuarto hacia la cómoda, sobre la que ardían cinco velitas ante un retablo portátil lleno de estampas religiosas. Nadie hablaba ahora. De la calle, anegada en sol, y del vecino y desierto mercado del pueblo en fiestas subía un espeso olor a verduras y agua de pescado. Por entre las macetas del balcón, muy lejos, espejeaba al sol la desembocadura del río, y de la angosta calle principal, a cincuenta metros, llegaba el rumor de la multitud apelotonándose hacia la distante y gran Plaza Real. Iban camperos negros, venidos de los pueblos; lancheros y guardas rurales a caballo, trabajadores y miramares de las playas y de las colinas, empleados y mujeres de la capital, peñas taurinas del sur de la provincia en grandes y destartalados camiones al sol.

—El Poniente—dijo don Santiago.

Del gran pueblo inmediato, y de Sevilla, una fila de automóviles se prolongaba hasta la Plaza, y los muchachos de los bares no dejaban de bullir voceando entre las mesas atestadas, con cafés, cervezas, gaseosas y copas de vino junto al rosa de las gambas y el botella oscuro de las aceitunas.

—Apunta un poquito el Poniente.

El matador volvió la cabeza.

—Sí.

Oía otra vez el motor mínimo de un moscardón azul que venía rondando la cama.

—Esa mosca.

No acababa de hacerse a la idea de que tenía que actuar allí. De que iban a salir para la Plaza dentro de diez, de quince minutos. Cuatro días antes había caído herido El-Más-Grande *en la Plaza de Madrid, y a él le habían propuesto sustituirlo en aquel cartel. Aceptó. Aceptaba siempre. Estaba cansado. Las localidades*

de sol bajaron de treinta y cinco a veinticinco pesetas. "Y soy tan grande como él", pensó otra vez.

Mientras Concepción le alisaba la chaquetilla negro y plata, distrajo una pregunta abúlica, con el pitillo colgando de los labios:

—¿Se ve mucha gente de Sevilla?

—Sí que ha venido—le contestó don Santiago—. Porque calmó el Levante el viernes. Antes vi a los Pontis, a Luisito Alonso y al padre.

José había cumplido aquella mañana treinta y dos años. Pocos y muchos. Se hizo crujir los dedos, distendiéndolos para ejercitar las manos, y se abrochó un botón, suelto en la camisa escarolada. Seguía echado.

—Vi a Luna, José. ¿Le pagó ya a Paneque?—preguntó, sonriendo, Manuel Herráiz.

El matador se acordaba. Era la broma de todos los años, basada en un pequeño lance local que le había hecho gracia siete temporadas antes.

—Ah, no; creo que todavía no le ha pagado...

Brotaba el mismo comentario, y en el idéntico tono obligadamente jocoso.

—Dice que lo va a matar para Nochebuena.

Alguien tocaba con los nudillos en la puerta. Uno de los amigos apartó las piernas para que Concepción pudiera abrir. Era Luis, el mozo de Gitanillo, *otro de los matadores de la corrida.*

—Concepción, trae una estampa para Rafael.

—¿De quién la quiere?

—De la Caridá. Nosotros no trajimos.

Frente al balcón, de fuego tras la persiana verde, la cómoda presentaba un aspecto pavoroso a la luz de las ceras. Concepción anduvo en ella y volvió con una estampa pequeña de apagados colores.

—Está muy vieja.

Luis se tocaba el cabello blanco.

—Así tiene más gloria—dijo.

Al salir Luis, Concepción miró a los ojos del matador desde la puerta.

—Pues te tocó el gacho. Un buen toro.

—Buen toro, pero no me gustan los gachos.

El mozo le cortó serio y seco, moviendo sólo los labios mientras probaba contra el suelo el temple de la espada.

—Otra vez. Acuérdate de lo que le hiciste en Madrid al gacho de Ortega, José. Y al de Alfaro.

—No me gustan—cerró el matador—. O es que me van a gustar ahora porque tú quieras.

Concepción bajó la cabeza y enfundó el estoque en su estuche negro. Vibraba el aire espeso. La puerta volvió a sonar. Un vendedor de pitos y globos hacía chillar su mercancía en la desierta esquina, sobre las piedras junturadas de verde, y por la punta de la playa, desfilando ante los bajos y distantes pinares en paz, el último vaporcito extraordinario de la capital a los toros tomaba lentamente la boca del río. Era como un punto blanco en la distancia caliginosa. En el fondo, al otro lado de la bahía, neblinaban al sol las torres y los miradores de la capital; la catedral, algo más visible. Las aguas de la boca del río estaban en marea llena y cuajadas de muchachos desnudos, que se empujaban hacia el fondo, que eran felices, que no iban a los toros y que se acercaban braceando al vapor y hacían señas desvergonzadas a los pasajeros. Concepción fué a abrir. Entraron tímidamente dos jóvenes, que se quedaron algo pasmados. Uno, más resuelto, avanzó atropellado hacia la cama y tendió su mano al matador.

—Que tenga usted mucha suerte—dijo a media voz—. Que es usted el mejor torero y el de más arte.

—Gracias, hombre.

El muchacho de las gafas, después de haber hablado, parecía un poco avergonzado. Sonreía tontamente, pero con la vista puesta en el torero, llena de fervor y de fidedigna alegría. José conocía bien ese gesto. Era el del buen aficionado joven, del aficionado de gusto y con pocas corridas vistas. "Verdaderamente—pensó—ya estoy harto de oír que soy el mejor torero y el de más arte. Pero es así. Sea lo que sea, estoy cansado." Mirándose en el espejo oval del armario se vió la gran cicatriz del rostro. "He venido sustituyendo a El-Más-Grande. *Y tengo que hacer algo. Como sea. Pero hoy no es mi tarde." Lo sabía, y lo presentían con él los aficionados verdaderos, que le seguían atentamente desde quince años atrás, y para muchos de los cuales él no había dejado de ser él después de la cornada en la cara. Salieron. En el patio del hotel, con bidones y cubas pintados de verde y sembrados de jazmín y enredaderas, lo vieron salir las mujeres del servicio, los conocidos y un mazo de niños y mozas venidos de la calle. Los vecinos llenaban los balcones para verlo. Y la negra centenaria, siempre sola en su hondo cubil próximo, miró y murmuró:*

—Ese es el torero. Ya se van los toreros.

Concepción salía delante, con la capacha de los trastos. Al otro lado del pueblo, la 2.ª Brigada de Camilleros, marcando aburridamente el paso bajo la canícula, tomaba el camino de la Plaza. La calle era un gran mordisco solar tras la cancela, a cuyo fondo se veía el coche azul. Concepción abrió la portezuela y aguardó. Entró primero Haba, el peón de confianza, y después Agustín, el Rubio y el maestro, que se sentó en el centro. Concepción se puso al volante y abrió la llave del contacto. Los cristales del coche se llenaban de inquisitivas caras sudorosas, empujándose por ver. Al doblar el callejón de las Madres Marías, uno de los camilleros se torció un tobillo y rodó aparatosamente por las piedras. El sargento hizo detener la formación.

—¿Qué ha sido?

—Nada, mi sargento. Ya estoy arriba.

Camino de la Plaza nadie habló una palabra. Otras veces lo hacían. Concepción disgustaba un ligero chasquido de lengua por la dificultad de conducir entre el gentío. Era un breve ruidillo tranquilizador, que se acompasaba a veces con el constante sonar del claxon. *Y por la calle de Los Dolores apretaban el paso hacia la Plaza los pasajeros del último vapor extraordinario para los toros, varado ahora en el desembardero de madera; los hombres que estaban bebiendo café o echándose un dominó en la capital y decidieron a última hora ir a la corrida. Al bajarse del coche, entre una doble fila de ansiosos aficionados indigentes sin entrada, los toreros pasaron al anchuroso patio de caballos. Estaba recién regado. José pedía algo. Concepción se empinó en el estribo del coche, tanteó la espuerta, atada en la baca, y le alcanzó una toalla plegada; recibió su montera, y vió cómo el torero se dirigía al pilón del agua y se refrescaba en el caño la cara y la nuca. Apareció don Santiago, detrás de su vientre y con un veguero en la mano.*

—Rafael no ha venido todavía—informó, y tamborileaba nerviosamente los dedos en la cal del muro.

—Pues salían detrás de nosotros—precisó el mozo de estoques—. Deben de estar al llegar.

Por las hondas mangas, sumidas en una húmeda sombra, se veía el gran cuajarón del sol en los tendidos semillenos. El patio de caballos empezó a llenarse de aficionados y curiosos. Se paseaban observando. Lo observaban todo, hasta el aire; quiénes habían de llegar aún; la plata oscura de los picadores; el tiro de mulillas,

cabeceando en un rincón del patio; el reloj con su pálido anuncio de coñac circundándolo y las anchas agujas señalando las cinco menos doce. Cuando José iba a tomar el camino de la capilla, Concepción le retuvo, asiéndole disimuladamente de una manga. Delgado y altísimo en su traje de hilo blanco, venía el empresario de Marruz. José y Concepción avanzaron hacia él. Una joven guapina, bien arreglada, se unió al empresario de Marruz.

—Mira: te voy a presentar... mi hija Juani, y aquí...; bueno, tú no necesitas presentación—celebró—. Ya sabe ella de sobra quién eres. Le gustan los toros. Tanto, que la madre está asustada. "No se me vaya a meter a torera a caballo", dice.

—Pues nada—cumplió José, dirigiéndose a la muchacha—. Cuando hay afición..., ¿no es verdad?

Ella reía con los ojos bajos, negando con la mano al padre, que ya hablaba de otra cosa.

—Tenemos que quedar mañana en algo, Pepe. Yo voy mañana a Sevilla. Sobre las dos estaré en el Sport. A ver si te pones a tono. Tú sabes que uno cuenta contigo para lo que sea. Pero no me digas lo que me dijiste el otro día, porque entonces no hacemos nada. En Marruz la gente no se gasta el dinero en un mes de septiembre. Y la corrida se va a dar. Y, además, en honor de los marinos italianos que llegan el jueves, día once.

—Bueno, mañana hablamos. Ya sabe lo que le dije a usted. Sesenta.

—No seas tonto...

Sí, torearía. El toreaba lo que fuera, como había hecho siempre, con tal que no le pagasen demasiado poco. Fué a la capilla, naufragada en un lánguido ambiente. Sonaba una avispa en un cristal, y no sólo el sol, sino también la vida entera, entraban atropellándose por la única ventana abierta, proyectando una áurea dimensión de luz y ecos de voces en el aire medroso del recinto. Cuando empezaba a rezar, oyó crujir la puerta. Eran Gitanillo *y los suyos.* Gitanillo, *un hombre de cuarenta y cinco años, se hincó a su lado. Al salir, fué a hablarle.*

—Dime, Rafael.

—No; que hay bastante gente—comentó el gitano—, pero la Plaza no está llena ni con mucho. También es que es mucha Plaza.

—Sí—asintió José.

Sabía que si hubiera actuado El-Más-Grande *no quedaría una localidad sin vender.* Gitanillo *había toreado con él en la tarde de*

la cogida de Madrid. Era su amigo, el hombre que más veía y al que más ayudaba El-Más-Grande.

—¿Cómo fué aquello, Rafael?

—Fué nada, que le hizo así tres veces, a sabiendas de que levantaba la cabeza, y a la cuarta le echó mano el toro. No llegó ni a caerse. Yo creo que ni lo achuchó siquiera, bendito sea Dios. Pero él siguió por allí, le dejó la espada arriba y le cortó esas dos orejas, con la pierna así de sangre.

José movió la cabeza. "La verdad—pensó—es que él lo da todo todos los días, y yo no puedo. Eso es lo que pasa."

En un asiento alto de la andanada 5, un viejo campesino levantó los ojos al cielo. Avivadas por una súbita ráfaga del Poniente, chispearon las puntas del tabaco. Los mozos de plaza abrían ya la talanquera de toreros.

—¡Mira qué nube!—dijo el viejo, sin mirarlo, al policía armado sentado junto a él—. Una nube igual, redonda y negrita como esa chica de allí, la vi yo la noche mala de Casas Viejas. Es una nube que no es buena para el campo ni para nadie.

En el último minuto llegó Ruiz, el más joven. El día anterior había trabajado en San Sebastián, al otro lado del país. Saludó a los compañeros con su sonrisa y su acento madrileños y se colocó en el centro. José pidió un cigarrillo.

—Pero, hombre, van a tocar ya mismo—advirtió el Rubio.

—Trae.

Le vacilaron los dedos un momento. Se sabía pálido. Dió dos chupadas hondas, apretándose el oro del capote y llevando una mano a los ojos para ver la multitud en las gradas. En el momento de tirar el cigarrillo, por la tercera chupada, los trompeteros del palco mayor, sacando el pecho y empinándose como gallos, agudizaron la tarde largamente, y los mozos del último camión de un pueblo, que se acercaba a la Plaza renqueando, levantaron una gritería contra el conductor. El hombre asomó la cabeza por las gastadas maderas de la ventanilla. Se oía, desde la carlinga, el confuso y distante hervor de la Plaza, traído por el viento. La calmosa voz del conductor olía a vino templado.

—Que llegáis a la hora, c... Y que si no llegáis, la avería ha sido por ustedes, con el echarse abajo y con la guasa.

Las cuadrillas atravesaron el ruedo de las cinco, con los tres matadores al frente; Ruiz, algo más rezagado. Ruiz no tenía problema. La tarde era suya. Andaba en plenas fortunas de principio de carrera. No era buen torero.

José, junto a las barreras, quitándose el capote de paseo, sintió que le llamaban. Era Marité Arlanda. Había bailado con ella tres noches atrás, en Sevilla. Plegó el capote a su manera, sujetando la esclavina con la barbilla, y bajó la vista. Haba estaba junto a él. Le estorbaba el codo de Haba, rozándole ligeramente la cintura. Le estorbaba hasta su propia sombra. Cuando levantó los ojos, Gitanillo *estaba ya toreando de capa al primer toro. José tuvo que fijarse. Era un noble animal, y el atezado y viejo torero lo iba deteniendo en el sol, aletargándole el capote en la cara. Luego se expuso dos veces de verdad. "Nadie sabe lo que está viendo", pensó José. Al entrar en quites, Rafael toreó otra vez conociendo y sintiendo lo que hacía.*

—De Profundis eso—masculló con los ojos brillantes, pero en voz baja, Manuel Herráiz.

Gitanillo *remató la suerte de verónicas quedándose con el capote en una mano y restallándolo de un tirón en el aire, atento al toro. José entraba ahora en turno. Estaba junto al toro, que pestañeaba metiendo la cabeza bajo el peto protector del caballo. No le tocó, y la gente silbó fuerte.*

—¡Ya empiezas!—vió que le manoteaba, puesto en pie desde su asiento de barrera, un hombre joven, de bigote bien cortado.

Ya empezaba. Ya terminaba. No empezaría nunca. Volviéndose y sonriendo sin deseo, entre barreras otra vez, le pidió un pitillo a Marité Arlanda. Sentía en los labios y por el paladar una gran sequedad. Y una paralizante contracción ventral. Las conocía muy bien.

—Los nervios—dijo entre dientes—. Los malditos nervios, con quince años de matador de toros.

Los banderilleros lo hicieron de prisa, y José se hizo a un lado para que Luis sirviera cómodamente la muleta y el estoque a Gitanillo.

—Estoy deseando salir—le dijo Gitanillo, *al ceñir los dobleces de la muleta.*

Y José le envidió con todas sus fuerzas porque estaba ya hundido en su trabajo, y a él le tocaba esperar y consumirse. La faena del primer espada fué rápida y seca, toda ungida de razón y antigüedad. Toreó dos veces al natural, cerrando la primera tanda con un moroso pase alto, encampanando al toro, y la segunda, más breve y distanciada, con uno de molinete, escandalosamente instantáneo y gallardo. Le aplaudieron y entró a matar siete veces, entre una confusión de peones. Por fin, se echó el toro, y las palmas

de los satisfechos se unieron a los pitos de quienes se habían fijado más en la forma con que el torero había entrado a matar. Los aplausos se imponían, y Gitanillo *paseó en círculo ante los tendidos, levantando la espléndida cabeza negra.*

—¡Uaaaeeee...!

Salía ya el gacho, primero de José. Este estaba más tranquilo ahora. Haba, junto a él, se golpeaba el pecho con un dedo crispado, fijos los ojos en los cortantes movimientos del animal. Los cuernos gachos, completamente caídos y cerrados hacia adentro, prestaban un aire extraño e inquietante al testuz del toro.

—Anda, Antonio—dijo José.

Y se apretó contra las tablas del burladero. De pronto se sentía muy mal. Se le ocurrió algo absurdo. Se maldijo por pensarlo. "No soy más que un pobre torero solo en el mundo." *Después se quedó algo mejor, mientras el miedo se le solidificaba en los antebrazos y en los riñones como un metal tibio.*

Haba probó al toro, extendiendo mucho el capote, y José salió en carrerilla del burladero, igual que en las viejas tardes. La sombra cubría ya un tercio de la arena. Un vendedor de gaseosas cayó y rompió su caja de botellas en un tendido de sol. El líquido dulzón corrió por la piedra reseca y las telas caldeadas. Alguna mujer se levantó, murmurando.

—No parece mal toro, pero tiene algo raro—sentenció el crítico del Diario de Marruz, *desde sus precarios mofletes y apuntes—. O son esos pitones tan especiales. Tiene algo.*

José tensaba el capote, oprimiéndolo contra el pecho, y esperó. El gacho tardaba ahora en arrancarse. José se retiró unos pasos y agitó ligeramente el capote, manteniendo las manos a la altura de los hombros, bien separadas. Las pezuñas sonaban en la arena amarilla. En el último momento, el matador se hizo atrás. "No puedo", *pensó. A un metro de las barreras vió cómo bregaban con el toro Haba y Agustín, y oyó los pitos que la gente le dedicaba. Como siempre, lo esperaban todo y no esperaban nada de él. Se le acercaba* Gitanillo.

—Tranquilo, José.

Pero él sabía que haría algo, que tenía que hacerlo, que lo haría de hecho. Sería hermoso, pero muy poco, y la gente acabaría silbándole. Estaba acostumbrado. Una costura de la media le oprimía un poco el talón del pie izquierdo. "Estoy más blanco que el papel. Pero he de hacerlo. Los engañaré a todos." *Miró al cielo un momento. Junto al tejadillo del reloj, tan pequeña y redonda*

como el reloj, una nube oscura aparecía en el cielo dorado. El toro estaba ahora apartándose del caballo, en la primera vara, y un excitado clamoreo conmovía a la Plaza. José se sintió morir, e inmediatamente se sintió casi bien. Adelantó unos pasos, mostrando el capote, y escuchó las pezuñas del gacho viniéndosele. Pensaba en su perro y también en los niños bañistas. Pensó en su cama mientras oía las pezuñas del toro. Jugando las manos solamente, bajó un poco el erecto capote. Ahora no oía nada, ni el hervor de los graderíos. Pensaba en El-Más-Grande *y en la admiración y el respeto profesional que* El-Más-Grande *le tenía. El gacho galopaba otra vez hacia él. Con los pies juntos, los labios prietos en la cabeza erguida, atrasó las manos en un movimiento casi imperceptible. Como a través de todos los años venidos y por venir, de todos los pozos y los muros de la tierra, de todas las distancias y las sustancias, sentía el grito de la multitud coreándole. El toro le miró muy de cerca y cargó otra vez revolviéndose, mientras la bahía respiraba como un enorme pulmón azul. José tiró una sola mano a la cintura, en un conciso y delicado ademán.* El-Más-Grande *no podía hacerlo así. Revoleó por alto el capote y, sin dejar el lance, abatió una mano lánguida y dejó al toro en la misma orilla de la lenta ola roja, junto al caballo, exactamente al ojeo y alcance de la vara del picador. Luego giró sobre un talón, pensando que había cumplido aquel día treinta y dos años, y que la vida de los perros no suele exceder de quince.*

Fernando Quiñones.
Santa Engracia, 107.
MADRID.